

SI VIS PACEN PARABELLUM

Escribe: Gral Brig Armando Chávez Valenzuela.

Con la esperanza de alcanzar la anhelada paz, en todas las épocas de la historia existieron gobernantes o dirigentes, no por cierto estadistas, que desarmaron a sus países y soñaron, con muy buena fe e ilusionado optimismo, que también los otros países hicieran lo mismo, olvidando que jamás ha existido la paz en este mundo en que vivimos. Ya lo dijo Churchill: *“En tres mil quinientos años de historia sólo han existido 250 años de paz relativa”*. A lo que habría que añadir la sentencia del canciller de hierro von Bismark: *“No existen países amigo, solo países con intereses comunes”*. Por lo tanto, esta amistad dura tanto como duren los intereses que temporalmente los unen. Los países sacrificados, caso del Perú frente a Chile, fueron los desarmados, los que perdieron territorios y riqueza además de ser devastados y explotados. El general José del Carmen Marín, autor de la *“seguridad integral”* que el CAEM preconizó, considera en su doctrina que la meta de todo Estado es el *“bien común”* y, siendo así un afán de bienestar material y espiritual, a simple vista parece que no tiene por qué crear conflictos ya que su afán altruista, humano y lógico es un derecho del individuo o grupo de individuos.

Pero en un mundo tan complejo e interdependiente, cultural y socialmente, ese deseo o afán tan propio, da lugar a que un país en la búsqueda de esa situación ideal, intencionalmente o sin quererlo, toque o interfiera los fines y deseos de otros países, originando las *“oposiciones”*. Por lo que es necesario que el Estado, empeñado en su política de bienestar y en la búsqueda de sus objetivos nacionales,

disponga de la libertad de acción necesaria para conducir dicha política.

Así nace el concepto de “*seguridad integral*”, que involucra para unos “*status*”, para otros “*dinámicas expansivas*” o control de otras potencias; todo lo cual requiere de fuerza, prevista para su empleo en un caso dado llegándose a la guerra o para evitarla en otros casos practicándose la “*estrategia disuasiva*”. Pero siempre requiere de fuerza.

Los gobernantes ilusos han tenido precursores en la historia; y así vemos que al terminar las guerras macedónicas, Diógenes, el filósofo cívico, poco antes de morir pidió a su discípulos que lo enterraran boca abajo, “pues muy pronto todo sería visto al revés, a partir de ahora todo sería diferente”. No ocurrió como lo quiso Diógenes y el mundo no cambió sustancialmente su curso. Pero, ¿acaso fue el último equivocado? Veremos que no.

Después de la primera guerra mundial, otro iluminado, Woodrow Wilson, al igual que Diógenes veinticuatro siglos antes, creyó que las guerras habían terminado y puso su fe y su esperanza en la Sociedad de las Naciones, creada en 1919 para la preservación de la paz, como consecuencia del tratado de Versales que puso fin a ese conflicto.

La mencionada Sociedad celebró 21 sesiones entre 1920 y 1942, pero no pudo evitar que Italia sojuzgara a Albania, conquistara Libia y Etiopía; que Japón invadiera Manchuria; la guerra española; que Alemania invadiera Austria, Checoslovaquia y finalmente se iniciara la segunda guerra mundial, la gran hecatombe.

En la cubierta del “*Missouri*”, el 2 de setiembre de 1945, unos combatientes, cansados y aterrorizados, pusieron fin al conflicto más sangriento y dramático de la humanidad, con la bomba atómica de

por medio. Y otra vez como Diógenes y como Wilson, se creyó que el mundo, desangrado y temeroso ante la aparición de una nueva, terrible y apocalíptica arma de destrucción masiva, no entraría jamás en una nueva guerra, y nació la Organización de las Naciones Unidas, creada por Franklin Delano Roosevelt el 1 de enero de 1946. En forma parecida y con fines de paz se creó luego la Organización de Estados Americanos, el 3 de octubre de 1948.

Pero aunque sin emplear el arma atómica, las guerras prosiguieron sin interrupción hasta nuestros días. Las tuvimos así en Corea, Argelia, Indochina, El Congo, Hungría, Vietnam, Arabia, Israel, India, Paquistán, Rusia, Afganistán, Irán, Iraq, Bosnia-Herzegovina, Chechenia, Palestina, Israel, Ecuador, Perú, por sólo mencionar algunas.

Por lo expuesto, vemos que por desgracia los buenos deseos del hombre no se han cumplido. Porque el hombre se debate en el dilema de la paz o la guerra. Su instinto guerrero es parte de su condición humana, desde su primitiva lucha por el alimento, su seguridad y la satisfacción de su instinto sexual. Como él se encuentra dentro del Estado, la cobertura de sus necesidades depende del Estado, lucha lógicamente por protegerlas y ésta es la razón de la transferencia de la lucha individual o en pequeños grupos de los hombres primitivos a las luchas armadas entre estados y naciones. Básicamente la guerra está en la mente de los individuos.

Sirva esta síntesis para recordar que en 1879 llegamos a una guerra sin armas, porque los conductores del Estado desarmaron a nuestro país, voluntaria y unilateralmente, pese a que Chile se fue armando poderosamente, con conocimiento de sus vecinos. A más de 120 años de esa tragedia creo que nuestras heridas no han cicatrizado. Y advertimos una situación parecida. Chile posee una muy importante

industria bélica y una poderosa fuerza armada. Ecuador le sigue los pasos. Y ambos vecinos no son pacifistas, por cierto, ni se rigen por acuerdos de desarme.

Recordemos la historia, analicemos la doctrina de seguridad integral y actuemos en consecuencia. Ni la pobreza, ni la crisis económica, por desgracia tradicionales en el Perú, justifican la debilidad militar, ni la vulnerabilidad de la defensa nacional. Porque *“el desarme es el camino a la derrota”*.